

CENTRO FE Y CULTURA CONCEPCIÓN

INTRODUCCIÓN A LOS PROFETAS III

Sergio Armstrong Cox

5. LA MONARQUÍA Y EL MESIANISMO

5.1. El punto de partida

Antes de tratar el tema es conveniente aclarar algunas ideas sobre **el término "Mesías"**. En el AT se usa 38 veces: en 30 casos se refiere al rey; en 6, al sumo sacerdote; en 2 a los patriarcas. Etimológicamente, significa "ungido", y hace referencia al acto de la unción, que se suponía que comunicaba al personaje unas cualidades sobrehumanas y lo elevaba por encima de los demás.

Lo más importante es distinguir entre lo que podríamos llamar **el "mesías" (con minúsculas)** y **el "Mesías" (con mayúsculas)**.

El primero se aplica a los reyes concretos de Israel o Judá. El segundo hace referencia a un monarca de los últimos tiempos, que salvará definitivamente al pueblo. Este último sentido no se encuentra en los textos del AT (sí en la literatura intertestamentaria).

Debe tenerse en cuenta que un texto puede hablar del rey exaltando sus cualidades prodigiosas de gobernante en un sentido elogioso y cortesano, esperando del rey lo que se esperaba de cualquier monarca del Antiguo Oriente y ello no significa que estemos ante el Mesías.

El punto de partida más importante, sin el cual resulta imposible comprender muchas de las afirmaciones proféticas, **es la promesa de Natán, contenida en 2 Sam 7:**

"Pero aquella misma noche vino la palabra de Dios a Natán diciendo: 'Ve y di a mi siervo David: Esto dice Yahvé. ¿Me vas a edificar tú una casa para que yo habite? No he habitado en una casa desde el día en que hice subir a los israelitas de Egipto hasta el día de hoy, sino que he ido de un lado para otro en una tienda, en un refugio. En todo el tiempo que he caminado entre todos los israelitas, ¿he dicho acaso a uno de los jueces de Israel a los que mandé que apacentaran a mi pueblo Israel: '¿Por qué no me edificáis una casa de cedro?' Ahora, pues, di esto a mi siervo David: Así habla Yahvé Sebaot: Yo te he tomado del pastizal, de detrás del rebaño, para que seas caudillo de mi pueblo Israel. He estado contigo dondequiera has ido, he eliminado de delante de ti a todos tus enemigos y voy a hacerte un nombre grande como el nombre de los grandes de la tierra. Fijaré un lugar a mi pueblo Israel y lo plantaré allí para que more en él; no será ya perturbado y los malhechores no seguirán oprimiéndolo como antes, en el tiempo en que instituí jueces en mi pueblo Israel; y te daré paz con todos sus enemigos. Yahvé te anuncia que Yahvé te edificará una casa. Y cuando tus días se hayan cumplido y te acuestes con tus padres, afirmaré después de ti la descendencia que saldrá de tus entrañas, y consolidaré el trono de su realeza. (Él constituirá una casa para mi Nombre y yo consolidaré el trono de su realeza para siempre.) Yo seré para él padre y él será para mí hijo. Si hace mal, le castigaré con vara de hombres y con golpes de hombres, pero no apartaré de él mi amor, como

lo aparté de Saúl, a quien quité de delante de mí. Tu casa y tu reino permanecerán para siempre ante ti; tu trono estará firme, eternamente."

Hay **dos puntos importantes** de resaltar aquí: a) Nótese que se trata de una promesa incondicional; incluso en el supuesto de que los monarcas davídicos fallen en el cumplimiento de su misión, Dios no les retirará su favor. b) La promesa se centra en David, no en el pueblo; éste queda en función de la monarquía, aunque se beneficie de la institución.

5.2. La idea monárquica en el siglo VIII

a) Amós

No hace declaraciones de principio sobre la monarquía, aunque condena duramente al rey Jeroboam II. Su libro termina con un texto de relativa importancia (9,11-15), pero es casi seguro que no es del profeta.

b) Oseas

Oseas no ataca sólo los fallos concretos de la monarquía, sino a ella misma por principio. La considera una institución contraria a Dios, que el Señor concedió en un momento de cólera.

c) Isaías

De los textos "mesiánicos" del profeta (7,10-17; 8,23 - 9,6; 11,1-9; 16,5; 32,1-8), los comentaristas están de acuerdo en admitir la autenticidad de sólo uno de ellos (7,10-17); todos los otros son muy controvertidos.

Isaías es de Jerusalén, educado en la tradición davídica. La promesa de Natán constituye uno de los puntos centrales de su fe. Por eso en los momentos de mayor crisis política, cuando se produce el intento de derrocar la dinastía (7,6), aplica la promesa de Natán asegurando al rey que los planes de los reyes enemigos no se cumplirán (7,7). Y años más tarde cuando el ejército asirio amenaza con conquistar Jerusalén anuncia que Dios protegerá la ciudad (37,35).

Isaías parte, pues, de una valoración positiva de la institución monárquica. Ella forma parte de los designios de Dios. Pero esto no impide que se muestre sumamente crítico de los reyes concretos: Acaz (7,10-13) y Ezequías (Is 39).

Pero hay algo más: Isaías interpreta 2 Sam 7 de modo condicional, como se puede ver en la frase: "Si ustedes no creen en mí, no subsistirán." (7,9b). En este contexto, en el encuentro que tiene con el rey Acaz pronuncia el famoso oráculo del Emmanuel:

*" Volvió Yahvé a hablar a Ajaz diciendo:
'Pide para ti una señal de Yahvé tu Dios,
en lo profundo del Sheol o en lo más alto.'
Dijo Ajaz: 'No la pediré, no tentaré a Yahvé.'
Dijo Isaías:
'Oigan, pues, casa de David:*

*¿Les parece poco cansar a los hombres,
que cansan también a mi Dios?
Pues bien, el Señor mismo
les va a dar una señal:
He aquí que una joven está encinta
y va a dar a luz un hijo,
y le pondrá por nombre Emmanuel.
Cuajada y miel comerá
hasta que sepa rehusar lo malo
y elegir lo bueno.
Porque antes que sepa el niño rehusar lo malo
y elegir lo bueno,
será abandonado el territorio
cuyos dos reyes te dan miedo.
Yahvé atraerá sobre ti y sobre tu pueblo
y sobre la casa de tu padre,
días cuales no los hubo
desde aquel en que se apartó Efraín de Judá."
(Is 7,10-17).*

Como es sabido, el texto es citado al comienzo del evangelio de Mateo, lo que ha favorecido su interpretación mesiánica. Sin embargo, este sentido no es evidente en el original:

- Ante todo, Isaías no piensa en la salvación para un futuro lejano, sino para un contexto histórico muy cercano y concreto, el de la guerra siro-efraimita del año 734. Se refiere a la salvación de la amenaza de los dos reyes enemigos (de Siria e Israel). Ante la negativa de Acaz de pedir un signo, estas palabras tienen un claro tono amenazador para él.

- Por otra parte, la figura de la madre no tiene mayor relieve para el profeta, que no habla de una "virgen" ¹, sino de una "joven". Lo más probable es que se refiera a la esposa del profeta o a la del rey.

5.3. El siglo VII

Durante el siglo VII, la monarquía pasa por luces y sombras. Más sombras que luces. Manasés con sus 55 años de reinado despótico no es ningún ideal. Su hijo Amón fue asesinado a los 2 años. Con Josías cambia la situación. Este monarca despierta en los judíos las mayores esperanzas con respecto a la reforma política y religiosa. Veamos los oráculos más importantes relacionados con el mesianismo.

a) Is 8,23 - 9,6: "Un niño nos ha nacido"

Es muy discutida la fecha de este oráculo. Es muy probable que sea posterior a Isaías. Veamos el texto:

“En otro tiempo humilló a la tierra de Zabulón y a la tierra de Neftalí, ahora ensalzará el camino del mar, al otro lado del Jordán, la Galilea de los gentiles.

¹ La traducción de los LXX tradujo la palabra hebrea "almah" (joven) por "parthenos" (virgen).

*El pueblo que andaba a oscuras
 vio una luz grande.
 Los que vivían en tierra de sombras,
 una luz brilló sobre ellos.
 Acrecentaste el regocijo,
 hiciste grande la alegría.
 Alegría por tu presencia,
 cual la alegría en la siega,
 como se regocijan
 repartiendo botín.
 Porque el yugo que les pesaba
 y el bastón de su hombro
 -la vara de su tirano-
 has roto, como el día de Madián.
 Porque toda bota que taconeaba con ruido,
 y el manto rebozado en sangre
 serán para la quema,
 pasto del fuego.
 Porque una criatura nos ha nacido,
 un hijo se nos ha dado.
 Estará el señorío sobre su hombro,
 y se llamará su nombre
 'Maravilla de Consejero',
 'Dios Fuerte',
 'Siempre Padre',
 'Príncipe de Paz'.
 Grande es su señorío, y la paz no tendrá fin
 sobre el trono de David y sobre su reino,
 para restaurarlo y consolidarlo
 por la equidad y la justicia.
 Desde ahora y hasta siempre,
 el celo de Yahvé Sebaot hará eso."*

El primer problema que debe ser resuelto es si se trata de un acontecimiento pasado o futuro; es decir, si se trata de un rey contemporáneo al autor o un salvador futuro. Si se tiene en cuenta el género literario advertimos que se trata de algo que ya ha ocurrido. Se trataría de un canto de acción de gracias pronunciado con motivo de la entronización del rey, probablemente Josías. Veamos el detalle.

El oráculo comienza en prosa hablando de los territorios asolados por Tiglatpileser III, durante su campaña del 733. Esta campaña acarreó que estos territorios vivieran en tinieblas, como una especie de vuelta al caos primitivo.

De repente se produce un cambio prodigioso e inesperado: brilla la luz, todo se inunda de alegría. Las causas del gozo son tres: a) el fin de la opresión; b) el fin de la guerra y la entronización del príncipe.

El gran protagonista del poema es Dios, quien humilla y levanta. Él infunde pánico en los

enemigos y libera a su pueblo.

El motivo de la alegría es que “un niño nos ha nacido”. Estas palabras evocan un nacimiento físico del príncipe. Sin embargo, hay que tener presente que en el rito de entronización, Dios dice al rey: “Hijo mío eres tú, yo te he engendrado hoy” (Sal 2,7). Por consiguiente, es probable que el profeta no esté pensando en el nacimiento, sino en la entronización. Debe tenerse presente también que el rey Josías comenzó a reinar cuando tenía sólo 8 años (2 Re 22,1), y durante su minoría de edad se puso en marcha un proceso de independencia político-religiosa con respecto a Asiria. No sería extraño que su entronización oficial, al llegar a la mayoría de edad, se celebrara con especial entusiasmo.

Llaman la atención los títulos tan excelsos; sin embargo, ellos forman parte de la ideología sacral monárquica y del lenguaje cortesano. Son cualidades sobrehumanas. Es lo que Israel -y todos los pueblos orientales- esperaban de su gobernante ideal, expresando sus ilusiones con un lenguaje y metáforas de origen mítico. En un rey humano deposita el profeta que gobierne al pueblo de un modo admirable, lo defiende valientemente, lo acoja con afecto de padre e instaure una época de paz y bienestar.

Finalmente, se pide la restauración de las antiguas fronteras del reino de David, pero no a base de guerras y contiendas, sino “con una paz que no tendrá fin”. David y Salomón parecen encarnarse en este nuevo rey.

b) Jeremías

Pocos profetas vivieron una época de cambios tan profundos con respecto a la monarquía como él. Disfrutó de uno de los mejores monarcas de la historia de Judá, Josías, y sufrió a una serie de reyes marionetas, canallas o cobardes. Su vida se extiende desde momentos de esplendor, que hicieron pensar en una restauración del antiguo imperio davídico, hasta el trágico instante en que el último rey, Sedecías, contempla impotente cómo degüellan a sus hijos en su presencia, antes de que a él mismo le arranquen los ojos, lo destierren y lo encierren de por vida (Jer 52,10-11).

Jeremías critica a los reyes concretos de forma muy dura. Sólo alaba a Josías, y después de muerto. Jeremías conoce la tradición davídica, la promesa de Natán. Pero no parece demasiado entusiasta de ella. Subraya el carácter condicional de tal promesa, que sólo se mantendrá si los reyes practican el derecho y la justicia (ver 21,11 - 23,8).

c) Ezequiel

“(...) porque mis pastores no se ocupan de mi rebaño, porque ellos, los pastores, se apacientan a sí mismos y no apacientan mi rebaño; por eso, pastores, escuchad la palabra de Yahvé.(...) Porque así dice el Señor Yahvé: Aquí estoy yo; yo mismo cuidaré de mi rebaño y velaré por él (...) Yo mismo apacentaré mis ovejas y yo las llevaré a reposar; oráculo del Señor Yahvé. Buscaré la oveja perdida, tornaré a la descarriada, curaré a la herida, confortaré a la enferma; pero a la que está gorda y robusta la exterminaré; las pastorearé con justicia.(...) 'Yo suscitaré para ponérselo al frente un solo pastor que las apacentará, mi siervo David: él las apacentará y será su pastor. Yo, Yahvé, seré su Dios, y mi siervo David será príncipe en medio de ellos. Yo, Yahvé, he hablado.'”
(Ezq 34,8b.9.11.15b-16.23-24).

Puede parecer contradictorio el que Ezequiel anuncie que Dios pastoreará su rebaño y que el rey lo hará. En la mentalidad del AT ambas cosas no se oponen. Podemos decir -a la luz de este texto y de otros- que Ezequiel acepta la monarquía como institución válida para el futuro, a pesar de los numerosos fallos de los reyes. Sin embargo, no le concede especial importancia. Mucho más lo son el sacerdocio y la teocracia.

5.4. La época del exilio

Con el exilio la situación cambia radicalmente. La dinastía davídica ha desaparecido en Babilonia. Aunque Jeconías fuese liberado en el año 571, no volvió a Judá. El pueblo estaba “como ovejas sin pastor”. En este momento tiene pleno sentido recordar la antigua promesa y anunciar su cumplimiento. Lo que anuncian los profetas anónimos del destierro no es un salvador definitivo, un “Mesías”, con mayúsculas, sino un descendiente de David, sin duda adornado de excelentes cualidades.

a) Is 11,1-9: “El vástago del tronco de Jesé”

¹ *Saldrá un vástago del tronco de Jesé,
y un retoño de sus raíces brotará.*

² *Reposará sobre él el espíritu de Yahvé:
espíritu de sabiduría e inteligencia,
espíritu de consejo y fortaleza,
espíritu de ciencia y temor de Yahvé.*

³ *Y se inspirará en el temor de Yahvé.
No juzgará por las apariencias,
ni sentenciará de oídas.*

⁴ *Juzgará con justicia a los débiles
y sentenciará con rectitud a los pobres de la tierra.
Herirá al hombre cruel con la vara de su boca,
con el soplo de sus labios matará al malvado.*

⁵ *Justicia será el ceñidor de su cintura,
verdad el cinturón de sus flancos.*

⁶ *Serán vecinos el lobo y el cordero,
y el leopardo se echará con el cabrito,
el novillo y el cachorro pacerán juntos,
y un niño pequeño los conducirá.*

⁷ *La vaca y la osa pacerán,
juntas acostarán sus crías,
el león, como los bueyes, comerá paja.*

⁸ *Hurgará el niño de pecho en el agujero del áspid,
y en escondite de la víbora
el recién destetado meterá la mano.*

⁹ *Nadie hará daño, nadie hará mal
en todo mi santo Monte,
porque la tierra estará llena de conocimiento de Yahvé,
como cubren las aguas el mar.”*

La imagen del brote del v.1 da por supuesto que la monarquía ya no existe. La monarquía ya ha sido talada aunque se prometa su continuidad para el futuro. Esto nos sitúa en una época posterior al 586.

El rey es descrito con una serie de cualidades ligadas al buen gobierno. Se destaca el conocimiento y “temor de Yahveh”. Se trata de la relación íntima y respetuosa que debe haber entre el rey y Dios. Ésta se concreta en lo que sigue: la práctica de la justicia a favor de los más débiles. El enemigo aquí no parece ser una potencia invasora sino los israelitas que oprimen a sus hermanos.

En la línea de la ideología real del Oriente Medio, el buen gobierno repercute en el orden natural. En este caso, se trata de una auténtica “vuelta al paraíso” o incluso la llegada de una era superior a éste.

¿Se trata de un personaje “sobre humano”, como lo afirman algunos comentaristas (Gressmann, Feuillet) o de un rey extraordinario en sus cualidades de gobierno? Podría tratarse de esto último dado el lenguaje cortesano, que hemos visto antes.

b) La democratización de la esperanza

La relectura de la profecía de Natán se dio no sólo entre los partidarios de la monarquía, sino en otros sectores sociales opuestos a ella, que sólo esperaban la restauración del reino de Dios (teocracia), sin necesidad de un rey davídico. Ellos relevaron varios de los textos presentados con un enfoque distinto. Lo importante no era el Ungido del Señor como personalidad individual, sino la comunidad que encarna y vive los valores expuestos.

Se puede ver en el añadido de Is 7,22 (el resto de Israel comerá la misma dieta que el niño); otro tanto en Is 11,10 y 27,6.

5.5. El Judaísmo

En este período se suceden los intentos de restaurar la dinastía davídica a pesar de sucesivos fracasos.

a) Zac 9,9-10

Un cambio radical de perspectivas se opera en Zac 9,9-10:

*“Alégrate, ciudad de Sión; aclama, Jerusalén;
mira a tu rey que está llegando: justo y victorioso,
humilde, cabalgando un asno, cría de burrita.
Destruirá los carros de Efraím*

*y los caballos de Jerusalén;
destruirá los arcos de guerra y dictará paz a las naciones;
dominará de mar a mar, del Gran río al confin de la tierra”*

La datación exacta de este texto es difícil, hay quienes lo ubican en la época persa y otros a comienzos de la griega. Este pasaje aporta novedades radicales. Estamos ante un mesianismo en sentido estricto, “con mayúscula”.

Desde el comienzo el autor empalma con toda la tradición anterior; por eso habla e “tu rey”, como de un personaje conocido y esperado. Y este rey no es Dios sino un ser humano. Sin embargo es, a la vez “justo, victorioso y humilde”. Este rey humilde actuará con enorme energía para contra todos los instrumentos de guerra. Primero, contra todas las armas del pueblo de Dios, cumpliendo lo que Yahveh había prometido en Miq 5,9-10. Luego, según lo anunciado en Is 2,2-4, dicta paz a las naciones, ocupando el puesto que allí corresponde a Dios, y en una clara alusión al Siervo de Yahveh (Is 42,2). A pesar de esto, de no poseer un ejército, su dominio será incluso superior al de David, de mar a mar, desde el Gran Río hasta el confin de la tierra.

Se trata, entonces, de un ser humano absolutamente excepcional. Se trata de el salvador definitivo de los últimos tiempos. A partir de ahora, queda abierta la puerta a las ideas que encontraremos en ciertos escritos intertestamentarios (especialmente en los Salmos de Salomón) y en el NT.

b) La “joven” se convierte en “virgen”

Cuando la Biblia Hebrea se traduce al griego, en el libro de Isaías encontramos un dato importantísimo: la “joven” de 7,14 se transforma en “virgen”, dando a luz a un ser absolutamente excepcional. Así lo recoge el evangelio de Mt aplicándolo a Jesús.

5.6. Conclusiones

Hagámos una síntesis de todo lo expuesto.

a) La monarquía

- Lo primero que observamos es que no existe en los profetas una postura monolítica y uniforme respecto de ella. Unos la aceptan en principio y en otros hay un rechazo radical (Oseas) y en varios una postura ambigua. Ninguna institución política puede reivindicar automáticamente la aprobación divina.
- El desempeño concreto de los reyes es sumamente criticado. No se idealiza ninguna forma de gobierno y siempre se conserva la capacidad de criticarla.
- La promesa de natán va cediendo el puesto al Reino de Dios

La monarquía cede el terreno a la teocracia, que corre el peligro de llegar a ser hierocracia (gobierno de los sacerdotes).

b) El mesianismo

Hay 3 tipos de textos:

- Los estrictamente mesiánicos (Zac 9 y la trad. De los LXX).
- Los pre-mesiánicos: hablan de reyes concretos o esperados que pongan en práctica el derecho y la justicia

5.7. La relectura (actualización cristiana)

Todos los textos anteriores, en mayor o menor grado, fueron **releídos y utilizados para describir la persona y la obra del salvador futuro y decisivo, el “Mesías”**. Es lo que hicieron diversos grupos judíos, entre ellos los primeros cristianos. Pero en este punto hay que ser precavidos. **Los autores del NT no usan los textos “científicamente”**. No les preocupa la adecuación perfecta entre lo anunciado y la realidad. Ni siquiera les interesa el sentido literal, exacto, de las palabras del profeta. Las utilizan como punto de apoyo, alusión literaria, cita poética, idealizando y espiritualizando lo dicho en tiempos pretéritos.

Por otra parte, los textos “mesiánicos” y “premesiánicos”, al referirse a un rey, tienen un **marcado matiz político. Esto impedía su aplicación demasiado estricta a Jesús**. Él no quiso orientar su actividad en ese sentido. Las esperanzas puestas en Él como salvador político fracasaron por completo (Lc 24,21; Hch 1,6ss.). Por eso en la Iglesia Primitiva adquirieron mayor importancia otros textos, como **el cuarto canto del Siervo de Yahveh** (Is 52,13 - 53,12), que ayudaban a comprender el misterio de la salvación a través del sufrimiento y de la muerte.

Sicre termina su libro con la siguiente reflexión: “Esto no significa que los textos anteriores carezcan de sentido. Pero, más que como profecía cumplida debemos considerarlos anuncio de algo por llegar. O, si queremos, **primicias de una realidad que aún no seha manifestado plenamente**. Como los pastores, sabemos que “nos ha nacido un salvador, el Mesías, el Señor”. Pero debemos aceptar que este Ungido, no ha terminado con las guerras, los ejércitos, las opresiones e injusticias. Lo cual no significa un fracaso absoluto. Algo ha comenzado y está germinando de manera escondida, misteriosa. Y el pueblo que caminaba en tinieblas ha visto una gran luz (Mt 4,15-16). Nos gustaría que fuese más esplendorosa y radiante. Pero ahora es el momento en que nos toca a nosotros coger el relevo y procurar que esa luz, aunque pequeña, no quede escondida bajo el perol. Y mientras crece, ilumina toda la casa y se extiende a todo el mundo, las palabras de los profetas nos animan a esperar y creer que un día niuestrs sueños e ilusiones se harán realidad.”²

² Sicre, J.L., op. Cit., p.536.

6. LA VISIÓN PROFÉTICA DE LA HISTORIA

6.1. La concepción de los profetas

a) Palabra de Dios e historia

Para Israel, Yahveh es un Dios que actúa y se revela en la historia. ¿De qué modo entienden esta actuación y revelación los profetas? La clave está en la estrecha relación que existe entre el profeta y la palabra de Dios; una relación más excepcional e inmediata que en los otros mediadores. Los profetas son hombres captados por la palabra, servidores de ella, dispuestos a entregarle su vida.

También es propio de la cosmovisión israelita la estrecha relación que existe entre la palabra de Dios y la historia. La palabra cumple una triple misión respecto de la historia: la crea, la interpreta y la interpela. Estos tres aspectos los estudiaremos a continuación.

b) La palabra de Dios juzga la historia

El profeta juzga la historia a la luz de la alianza. La fidelidad o infidelidad del pueblo (y a menudo la del rey) acarrea un futuro de bendición o maldición ³.

³ No está demás recordar algunos contenidos del curso de Introducción a la Biblia. Israel concibió su relación con Dios de un modo similar a los tratados de Alianza entre un rey principal y un rey vasallo en el Antiguo Oriente Medio. Mediante ellos el imperio aseguraba, por una parte, la estabilidad en sus límites y, por otra, el reino vasallo quedaba bajo su protección.

Estos pactos, que tenían una forma orgánica fija, reflejaban una ideología muy clara sobre el papel de salvador desempeñado por el emperador. La función esencial del rey en el Oriente Antiguo era la de hacer justicia al interior de su pueblo, salvarlo de sus enemigos y asegurar el orden cósmico.

Explico brevemente la estructura de esos pactos:

a) Preámbulo y Prólogo histórico

El preámbulo identifica al rey soberano (emperador), señalando sus títulos y prerrogativas; es seguido por un prólogo que relata las intervenciones salvadoras y la ayuda benigna del rey mayor en beneficio del vasallo. En la Alianza del Sinaí: el preámbulo es “Yo soy Yahveh, tu Dios” (Ex 20,2^a). Un ejemplo de prólogo histórico puede verse en Jos 24,2b-13.

b) Las cláusulas

El prólogo histórico sirve de fundamentación a las “cláusulas”; esto es, a las normas a las que se obligaba el rey vasallo.

Los reyes hititas imponían a sus vasallos la obligación de defender los intereses del imperio con ayuda militar; la información sobre rumores desfavorables o intentos de rebelión; el pago de tributo y la extradición de los refugiados. En el caso de Yahveh, las normas son, sobre todo, el decálogo (Ex 20,3-17).

c) Maldiciones y bendiciones

El cumplimiento o incumplimiento de las cláusulas acarrea bendiciones y maldiciones, según sea el caso. Correspondía a los dioses testigos ejecutarlas. Representa a menudo la sección más extensa del tratado.

En la Alianza del Sinaí, obviamente, el que otorga las bendiciones y ejecuta las maldiciones es Yahveh. Un buen ejemplo de bendiciones y maldiciones es Dt 28.

La palabra divina es una fuerza que actúa **condenando o salvando**. No se trata de que todos los acontecimientos de la historia universal estén desencadenados por la palabra de Dios. Se trata de que, en dicha historia, una palabra divina concreta pone en marcha un movimiento de salvación o de condenación, que llegará a su meta con seguridad absoluta.

c) La palabra de Dios crea la historia

Los profetas conciben la palabra divina como una fuerza inexorable capaz de acarrear plagas, derrotas militares, caídas de imperios o de encaminar al pueblo a un futuro de paz, justicia, prosperidad y de comunión con Dios. No se trata de un destino ciego, sino de la acción de un ser personal (hasta el punto de que Dios puede cambiar lo que ha decidido) que tiene unos planes que ningún poder humano o sobrehumano puede impedir.⁴

Quien mejor ha expresado esta característica de la palabra divina es el Déuteroisaiás:

*“Como descienden la lluvia y la nieve de los cielos
y no vuelven allá, sino que empapan la tierra,
la fecundan y la hacen germinar,
para que dé simiente al sembrador y pan para comer,
así será mi palabra, la que salga de mi boca,
que no tornará a mí de vacío,
sin que haya realizado mi voluntad
y haya cumplido aquello a que la envié.”*
(Is 55,10-11)

No se trata, en este texto, como tenderíamos a creerlo con nuestras categorías actuales, del fruto que la palabra produce en las almas de los fieles. El mensaje del Déutero-Isaiás está enmarcado en unas coordenadas histórico-políticas muy concretas: habla de la liberación de Babilonia y de la restauración posterior del pueblo. Ellas será fruto de su palabra.

A la luz de lo anterior, no debe extrañar que los fenómenos más dispares puedan ser interpretados como castigos divinos o como actos salvadores de Yahveh. Si Asiria y Babilonia invaden Judá e Israel no es a causa de una política imperialista, sino porque Dios los ha enviado contra su pueblo “para robarlo y saquearlo, para pisotearlo como el barro de las calles” por sus pecados (Is 10,6). En la perspectiva profética, los imperios son como marionetas en manos de Dios, son “el palo” con el que Dios castiga a su pueblo (Is 10,5). Cuando los imperios adoptan posturas tan crueles que resultan incompatibles con la pedagogía divina del castigo, el profeta debe echar marcha atrás. Afirmará que Asiria (o Babilonia) ha olvidado su misión de castigar para dedicarse a “aniquilar y exterminar a naciones numerosas” (10,7). Por eso, Dios terminará castigando (y aniquilando) al imperio opresor (10,16-19).

Debido a lo anterior, la acción divina es **extraña y sorprendente**. Con este matiz presenta

⁴ Por eso anuncian a veces el futuro utilizando verbos en pasado (el famoso “pretérito perfecto profético”). Por ejemplo, Is 21,9b: “¡Cayó, cayó Babilonia y todas las estatuas de sus dioses se han estrellado contra el suelo”.

Isaías la acción castigadora que Dios va a realizar en su pueblo:

*“Yahveh se alzará como el monte Parás
y se desmerecerá como en el valle de Gabaón,
para ejecutar su obra, obra extraña,
para cumplir su tarea, tarea inaudita” (Is 28,21).*

Pero lo extraño de la acción divina no radica sólo en el contenido (castigo en vez de salvación, como dice el texto que acabamos de citar); otras veces es extraña en la forma. Unos versículos del cap. 33 de Isaías lo dejan muy claro:

*“Ay de ti, devastador nunca devastado,
saqueador nunca saqueado.
Cuando termines de devastar, te devastarán a ti;
cuando termines de saquear te saquearán a ti” (Is 33,1).*

La idea del castigo de los opresores no tiene nada de rara, la hemos encontrado anteriormente. Lo curioso es que **el castigo no se produce de inmediato**; el saqueador tiene todavía tiempo para seguir saqueando y devastando. El castigo sólo vendrá “cuando termine de devastar”. Esto es incomprensible para nosotros. Pero el profeta le encuentra un sentido dentro de los planes de Dios, en ese tiempo medido del que hablábamos antes.

Fue el Déutero-Isaías quien mejor formuló ese carácter extraño de la acción de Dios en la historia, esa diferencia entre el modo de actuar de Dios y el que seguiría cualquiera de nosotros:

*“Mis caminos no son los caminos de ustedes,
mis planes no son sus planes.
Como el cielo es más alto que la tierra,
mis caminos son más altos que los de ustedes,
mis planes que sus planes” (Is 55,8-9).*

Teniendo en cuenta lo dicho anteriormente, no sorprende que la acción de Dios resulte a veces **escandalosa**. El escándalo puede brotar de una decisión concreta de Dios. Por ejemplo, cuando decide salvar a los desterrados por medio de un rey extranjero, de un pagano, Ciro, o cuando decide aniquilar el falso punto de apoyo de la religiosidad popular, el Templo (Jer 7,1-14).

Pero el escándalo puede surgir también de la “política permisiva” de Dios. Los casos de Jeremías y Habacuc son muy significativos a este respecto.

“¿Por qué prospera el camino de los malvados y viven en paz los traidores?”, pregunta Jeremías al Señor (12,1). Habacuc experimenta el escándalo a través de la situación internacional, al ver que Dios “contempla en silencio a los bandidos, mientras el malvado devora al inocente” (1,13).

Si este escándalo llega a afectar a los profetas, no tiene nada de extraño que se dé con mayor fuerza en sus oyentes (Is 28,9).

Otra característica de la palabra profética es su **oportunidad**. La actuación de Dios no se

adelanta ni se atrasa, llega en el momento fijado. Por ejemplo, ha decidido el instante histórico en que un imperio debe ceder su gobierno a otro. Sólo Dios sabe ese momento y al hombre cabe esperarlo con fe. El autor del Eclesiastés se mostraba bastante escéptico al respecto: “Todo lo hizo hermoso y a su tiempo (...) pero el hombre no llega a comprender la obra de Dios de principio a fin.”

d) La palabra de Dios interpela la historia

Para el profeta, el presente es el momento de la decisión, de hacer la voluntad de Dios o de rechazarla. Es el momento clave, el de graves conflictos o de oportunidades salvadoras (kairoi). Las opciones que se tomen acarrearán la salvación o el castigo. Estos últimos no tienen un valor en sí mismos, sino que siempre son un medio para que Israel se convierta

e) La última palabra de Dios: la salvación final

En todo caso, la última palabra de Dios es la salvación. Es el tema del “futuro lejano” en los profetas, de lo que sucederá “en los últimos tiempos”, “en aquel día”. Es la meta de la historia la que da sentido último a este caminar incesante en medio de “tinieblas y sombras de muerte”.

Varios datos son fundamentales dentro de esta visión del futuro. En primer lugar, se trata de un **futuro intrahistórico**. No es algo que cae fuera de la historia, exigiendo la desaparición de nuestro mundo y de nuestra forma de vida. El escenario del reino de Dios es el mundo presente, con Jerusalén en el centro y los supervivientes de Israel como sus conciudadanos. Aquí radica una de las grandes diferencias entre los profetas y los escritores apocalípticos, para quienes el “mundo futuro” exige la desaparición total del “mundo presente”.

En segundo lugar, lo que caracteriza al futuro es **la justicia y la paz**, no sólo entre los individuos, sino también entre las naciones. Son los dones más apetecibles después de un profundo período de crisis, injusticias, intranquilidad y guerras. En este punto es preciso tener muy en cuenta las diferencias entre los distintos profetas. A veces sus afirmaciones son muy limitadas, dentro de un ámbito nacionalista (Am 9,11-15); otras veces la perspectiva se vuelve universal (Is 2,2-5).

Sin embargo, al profeta no le interesa sólo que su pueblo o las naciones gocen de una vida serena “a la sombra de la vid y de la higuera”. El futuro se caracterizará también por una **recta relación con Dios**, una conversión del corazón y una nueva intimidad con Él. Oseas esperaba la renovación de las bodas entre Dios e Israel (Os 2,16-22). Isaías y Sofonías, la supervivencia de un “resto” humilde, que se refugiaría en el Señor (Sof 3,12ss). Jeremías, una nueva alianza escrita en el corazón (31,31-34). Ezequiel, una purificación, una efusión del espíritu y un corazón de carne (36,25-28). Las citas se pueden multiplicar y no hay que olvidar que hay textos de perspectiva universalista también en este sentido, en los que la relación con Dios caracteriza a todas las naciones (Sof 3,9ss; Zac 8,20-23).

Por último, el futuro aparece como **obra de Dios**. Los profetas vivieron momentos de graves perturbaciones, en medio de unos contemporáneos que se cerraron a Dios y al más elemental sentido político, con gobernantes que sacrificaban los intereses del pueblo a los del partido o a las conveniencias personales. El futuro que esperaban, el que Dios les reveló, era demasiado maravilloso para que pudiera ser obra humana. Con esto no quiere decir que la postura del hombre deba ser pasiva. Tiene que apropiarse del futuro y comprometerse con él. Debe caminar, subir al monte del Señor,

convertir sus espadas en arados, sus lanzas en podaderas (Is 2,3-4). Pero no crea el futuro definitivo. Lo recibe como don de Dios y se compromete con él. La formulación más “moderna”, la más estimulante para nuestro tiempo, es quizás la de Is 56,1, que resume con carácter programático la relación entre la actividad humana y el don de Dios: “Observen (ustedes) el derecho, practiquen la justicia, que mi salvación está próxima y se va a revelar mi victoria”. Pero siempre, en cualquier hipótesis, la salvación viene de Dios; la obligación del hombre es no obstaculizarla (cf. Is 59,1-15^a).

6.2. La actuación de Dios a la luz de la fe cristiana

Para muchos esta parte estaría de más. ¿No se identifica el mensaje de los profetas con el de Jesucristo? La respuesta afirmativa a la pregunta hace innecesario tratar este tema. Sin embargo, aunque Jesús consideró hombres enviados por Dios a los profetas, su visión de la historia y de la actuación de Dios en ella, coincide sólo en parte con la de ellos.

Ciertamente, los profetas del AT constituyen una etapa importantísima dentro de la “pedagogía divina” y de la “revelación progresiva” contenida en el AT. Pero ello no nos ahorra la pregunta de qué cosas de ellos siguen siendo válidas después de la revelación de Dios en Jesús y qué aspectos pueden considerarse definitivamente superados después de dicha manifestación.

a) Valoración de los profetas del AT

Que Jesús consideró a los grandes profetas del AT como auténticos enviados de Dios con un mensaje para su pueblo es algo obvio. Basta con citar el siguiente texto en el que se refiere a Juan Bautista:

“Cuando éstos (los enviados de Juan Bautista) se marchaban, se puso Jesús a hablar de Juan a la gente: ‘¿Qué salieron (ustedes) a ver en el desierto? ¿Una caña agitada por el viento? ¿Qué salieron a ver, si no? (...) ¿A ver a un profeta? Sí, les digo, y más que un profeta. (...) En verdad les digo que no ha surgido de entre los nacidos de mujer uno mayor que Juan el Bautista; sin embargo, el más pequeño en el reino de los Cielos es mayor que él’” (Mt 11,2-11).

Puede apreciarse aquí el gran aprecio que Jesús siente por los profetas (hasta el punto de incluir a Juan Bautista entre ellos); sin embargo, también afirma que pertenecen a una etapa de la historia de la salvación que ya está superada. Ahora comienza la era del anuncio del Reinado de Dios.

¿En que sentido los profetas y su cosmovisión están superados por la visión cristiana? Nos centraremos en el punto central de la actuación de Dios en la historia.

a) La práctica de Jesús

El modelo para comprender el modo como Dios interviene en la historia de los hombres es la práctica de Jesucristo. En sus actitudes, criterios de juicio, milagros, formación de la comunidad de discípulos, su muerte y resurrección encontramos los principales rasgos de la actuación de Dios en la historia de la humanidad. El futuro se ha hecho presente en ellos. Su palabra, su persona y su obra nos han hecho entrever y anticipado algo de lo que será ese futuro maravilloso anunciado por los profetas

En dicha actuación puede percibirse tanto un modo de ser y de actuación de Dios como una

propuesta de humanización que conduce a la realización plena de lo humano: una comunidad de relaciones entre los hombres y de ellos con Dios.

b) La autonomía del mundo y de la historia

En Jesús, Dios deja la historia enteramente en manos del hombre. Hay aquí una radical diferencia con la concepción de los profetas. Jesús inaugura un tiempo de gracia, de oferta de perdón y salvación en que no existen actos divinos que impliquen una coacción o castigo para los que hacen el mal, así como tampoco recompensa para los que actúan bien ⁵. Esto no significa que no exista un juicio divino sobre la historia, Jesús mantiene el lenguaje del premio y del castigo pero utiliza estas palabras en singular: la recompensa es entrar al Reino de Dios y el castigo quedarse fuera, automarginarse de él, lo que, en realidad, es un autocastigo.

Es necesario notar también que no existe un sólo milagro de Jesús que implique daño para un ser humano.

La palabra de Dios, entonces, ya no crea la historia, como pensaban los profetas. No atrae o derriba imperios, no garantiza la victoria militar, etc. Podríamos decir que se aplica ahora a ella un principio idéntico al de Gn 1,28 a propósito de la cultura y del progreso. En el relato de Gn, Dios encarga al hombre “dominar la tierra”, desvelando sus secretos y mejorándola. Pero Él no interviene en esta lucha por el progreso. El Dios bíblico no se asemeja a los de otras religiones, que bajan del cielo para enseñar a los hombres la agricultura, la ganadería o las artes. En Gn 4,19-22 donde se habla de los orígenes de los pastores nómades, los músicos y los forjadores, Yahveh no aparece mencionado en ningún momento. El progreso está en manos del hombre; no es fruto de una revelación divina, sino del esfuerzo humano; un pan ganado con el sudor de la frente. Lo mismo ocurre con la historia. No avanza por acciones concretas de Dios; se encuentra en manos del hombre, y éste es quien la va haciendo día tras día.

A la luz de esto, resulta inadmisibles en una concepción cristiana concebir la actuación de Dios en la naturaleza y en la historia como que envíe una sequía o una epidemia, desencadene un terremoto, nombre o deponga reyes y presidentes de gobierno, decida invasiones extranjeras. Un cristiano no puede pensar que Dios decidió la invasión de Polonia por Hitler, la de Kuwait por Sadam Husein y luego por Bush, o el maremoto de Indonesia. Nada en la historia -a excepción del gran acontecimiento de Cristo- se produce “por la gracia de Dios”.

Quien defendiera lo contrario tendría que responder en serio a esa frase irónica de que “Dios está con los malos cuando son más que los buenos”. Y tendría que resolver muchas contradicciones. Como indicaba el gran teólogo ítalo-alemán Romano Guardini, si la batalla de Waterloo significa que Dios castiga a Napoleón, deberíamos aceptar que los años de victoria fueron una bendición de Dios. Por consiguiente, a diferencia de lo que afirman los profetas, la palabra de Dios no crea la historia; se ha hecho carne en ella, se ha hecho historia, pero respetando al máximo sus leyes ⁶.

⁵ Es el gran reproche del hijo mayor al padre en la “parábola del hijo pródigo”. Le echa en cara la acogida, la restitución de los derechos de hijo y la fiesta en relación con el que ha actuado mal y en cambio la ausencia de recompensa (“no me has dado siquiera un cabrito para celebrar con mis amigos”) con el que ha actuado bien.

⁶ Las catástrofes naturales, entonces, ahora, son sólo eso: obras de una naturaleza, cuyas regularidades Dios respeta, que es buena pero que no está terminada sino que en evolución y permanente ajuste. Y las barbaridades hechas por el hombre: injusticias, explotación, exterminio de pueblos completos, indiferencia, etc. son manifestaciones del egoísmo humano, o sea,

c) El modo de actuar de Dios

La afirmación de la autonomía de la naturaleza y de la historia puede dejar la sensación de que Dios no actúa en absoluto. A menudo tenemos esa sensación. Sin embargo, sigue en pie la afirmación de que Dios actúa en el mundo, pero al modo de Jesucristo. Esto se traduce en que Dios “inspira” la actuación de los cristianos (y de todos los hombres de “buena voluntad”) en dos líneas:

- **Invitándolo a interpretar la historia**, a enjuiciarla a través de esa palabra, que es Cristo, con la mirada puesta en el futuro que se ha hecho presente en Él. Esa palabra le hace valorar como algo positivo la desaparición de la esclavitud o las conquistas sociales de cualquier época; le hace ver como inadmisibles las terribles diferencias entre ricos y pobres; le impulsa a rechazar el abuso del poder y de la fuerza armada; le hace condenar un fenómeno político-religioso como la inquisición, tan contrario a la actitud de Jesús en Lc 9,51-56 (rechazo de “hacer llover fuego del cielo” en contra de un pueblo samaritano en que no acogieron a Jesús). Esa palabra dice que la historia camina hacia un futuro nuevo, el de Cristo. Que no es absurda ni se cierra en círculos continuos, sin progresar. Es una palabra que da sentido y optimismo en medio de las continuas dificultades por las que atraviesa nuestro mundo.

- **Invitándolo a dejarse interpelar por la palabra**. El cristiano no puede limitarse a enjuiciar la historia. Está obligado a **orientarla, a conducirla hacia la meta que Dios le ha impuesto**. En esto podríamos ver la prolongación de la actividad de Dios, llevando adelante en su nombre esa historia que Él puso en marcha. En este sentido sí podemos decir que Dios sigue creando la historia con su palabra, no de forma directa, sino interpelándonos para que nosotros la creamos diariamente.

“pecado” y hay que cargarla a la cuenta de las responsabilidades humanas. Ni en uno ni en otro caso se trata de castigos divinos.